

Al maestro en sus ochenta años

Mariana Bernárdez

Tengo muchos recuerdos de Xirau, pero de entre ellos siempre hay una imagen constante, es su figura en el descanso de la escalera, el ventanal proyectando una luz matinal sobre su cuerpo y los libros abriendo camino hacia su estudio. En ese espacio —otra vez las ventanas, ahora lo que miro son las copas de los árboles de la calle y del jardín contiguo que extienden su ramaje hacia el interior—, he pensado muchas veces que no podría verlo de otra manera, él es uno con los libros, los árboles y la luz, y ese espacio tiene mucho de mar y de espuma, de rumor de antes, de palabra antigua.

Xirau es un gran conversador y sin duda uno de los señalamientos sobre su poesía es la dificultad inherente a la traducción del catalán al español. A simple vista pareciera que el problema se ciñe al campo de la interpretación, pero como toda primera intención, la cuestión resulta en una espiral de complejidades pues se está frente a un dintel que exige ser cruzado y que implica el riesgo de armonizar la mirada de varios lectores implícitos sobre una visión que da origen al poema, o como diría a manera de epígrafe en el poema *Gradas*: “¿Un poema? ¿Diferentes poemas? Creo que un poema. Decide lector”.¹

Para Xirau el catalán no es meramente lengua materna, no es una patria donde imperan la infancia y los recuerdos últimos de una Barcelona en guerra, es la vía por la cual se ejercita una memoria que recrea y recuerda haciendo presente lo de antes dentro del fluir de un tiempo interno; se trata de lo vivido, de aquello que se es porque se está. Se vuelve una cuestión de alto vuelo, buscar



Con Ana María y Charles Tomlinsen en Barcelona

esas palabras “vivas” de las que habla Maragall y que permitirán transmitir la transparencia, y ello quizás ha sido un camino a recorrer para toda la vida.

Entre lo intocado y lo hallado, Xirau tiende un puente hacia la poesía anudándose sin más hacia la filosofía como dos fuerzas que habrán de sostener al hombre para salvarse de un nihilismo y un antiteísmo que ha dejado suelto a lo sagrado en su furia y su rencor, ¿si las palabras no han de sanar y consolar, entonces, entonces para qué tanta confesión?

El río
Me pasa el río que pasa
y yo soy este río
cuando la ventana abierta
hace contagio de ojos y de aguas.²

¿Y cuál ha de ser la palabra precisa y justa? ¿Cuál habrá de pronunciarse en el mo-

mento más alto de la noche?, ¿quizás el catalán sea más cabal y ceñido?, y la importancia de ceñir es crear un cerco alrededor de eso que se mira y nos mira, cuya contemplación se derrama en una descripción activa, simple y ve riginosamente profunda. Leer a Xirau en su poesía es leernos en esa experiencia cotidiana de la gratuidad del sentido, que de tanto darse, a veces terminamos por perder y sólo perdiéndose se siente su hondura, sensación del olor a marisma a pesar de que los guijarros de las calles nos alejen del mar.

Todos los caminos,
todos los caminos del mar
ahora en el lentísimo vuelo de las sombras
son un retorno, *sí ríverrun, sí marribera*,
sí
riorretorno del mundo.³

¹ Ramón Xirau, “Templo III”, en *Poemes / Poemas*, Traducción Andrés Sánchez Robayna, Ediciones Toledo, México, 1990, p. 23.

² Ramón Xirau, “El río”, en *Poemes / Poemas*, p. 15.

³ Ramón Xirau, fragmento del poema “De Arnau y Joyce”, en *Poemes / Poemas*, p. 19.

Y la poesía se adentra ahí donde el lenguaje debe romperse para que pronuncie palabras indecibles, no se retrae al borde del camino sino que nos sitúa en el cruce, ahí donde se erige la Esfinge como dintel del acertijo, y quien conoce la respuesta es porque ha sido iniciado en su canto, quizá por ello Xirau hable “bajito”, no con el sonido atonal de la penumbra, sino sujetando su voz a otra más alta y clara que abrirá en quien escucha la certeza de que hay un punto donde se concentran todas las aguas, fuente desde la cual brota la redondez de la naranja y del ojo, la madera de la barca que se acompasa en el movimiento de la tarde o el tapiz que testimonia la existencia del unicornio como cifra que resguarda la humedad del aliento. Momentos de un tiempo que se sostiene en el fluir de la memoria como una presencia que perdura, la poesía es, así, afirmación del hombre en su religación hacia el centro de lo

sagrado, pero no en su furia, sino en la más alta posibilidad, la comunión de lo uno y de lo otro.

Escritura del centro de sentido que se descifra en las líneas del rostro, letras delineando el contorno de los ojos, letras acechando al escucha para poder ser pronunciadas, mundo que aguarda ser mirado para singularizarse:

Cada hoja repite, infinita y puntual,
las ojivas del claustro,
arquitectos antiguos o soñados acaso
andan de luz en luz por los vitrales

(se acentúa el otoño, son más claros los
[árboles
y la luz es más pura cuando el pájaro
—gorrión del paraíso—
asustadísimo mira los movimientos
lentísimos del árbol).

¿Recogimiento eterno de la luz?

Olas del mar distante en las ojivas
y el canto en los vitrales vivientes
[del agua.⁴

Diluidas las fronteras, la relación se sustenta en la paradoja, ser uno con el otro desde la diferencia y la semejanza, pues escribir es religarse, calar en la orilla de una memoria que es común a la transitividad de estar aquí, de hacer la vida, es, pues, rescatarnos en los otros para conocernos. Frente a la soledad siempre la llamada del mundo, siempre las palabras, porque vivir y estar es cosa de palabra, y la palabra encarna, se hace cuerpo haciendo presente y presencia. Misterio: la insignificancia frente al absoluto o la omnidebilidad sostenida dentro del corazón humano.

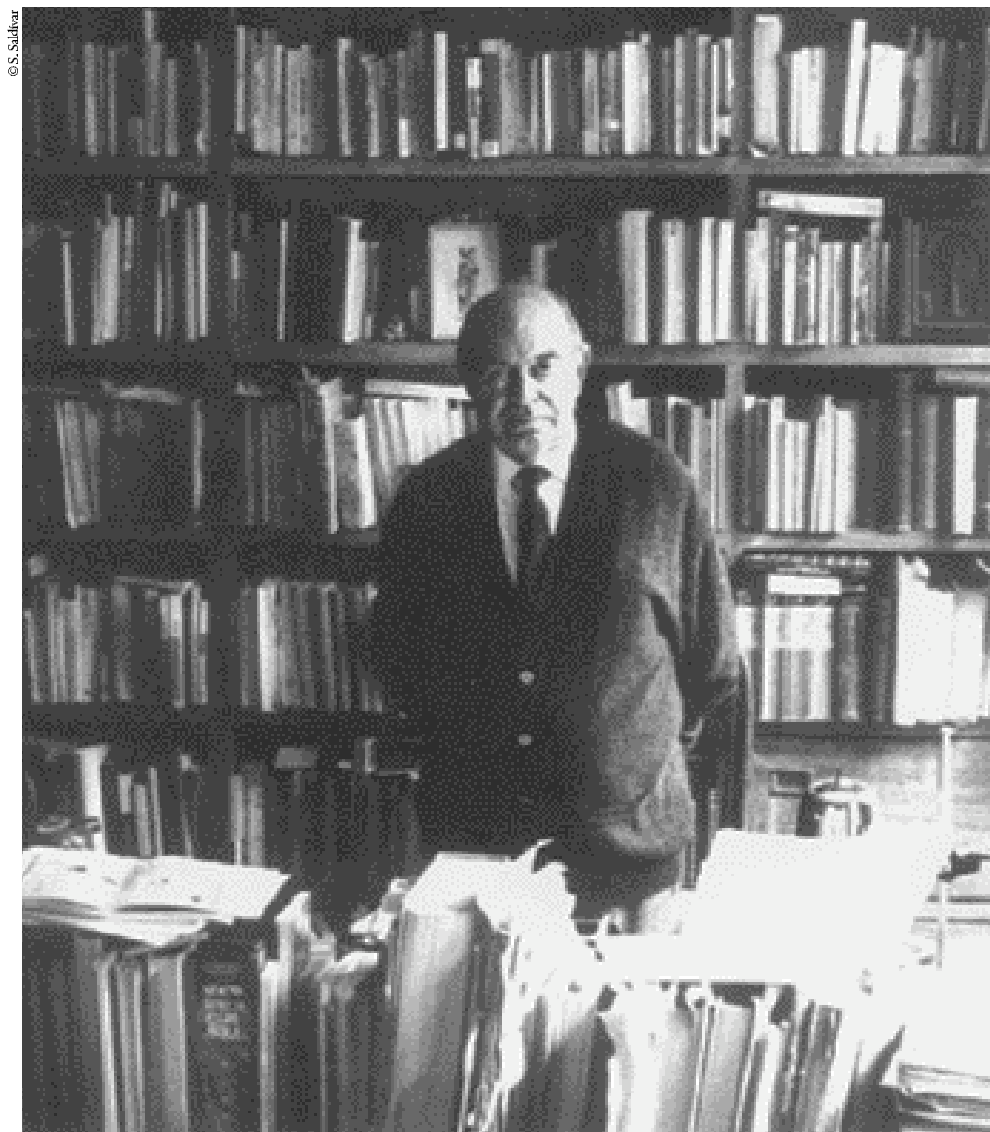
Verano
Verano, ramas, pájaros,
naranjas, ramas
de los naranjos
muy finas y nudosas,
todo es preciso, exacto.

Preciso el horizonte, precisa la raya
de la luz en el poniente dorado.
Es precisa la barca, remos
del naranjo en la tarde.

Oh Mundo,
qué puntual tu milagro.
Verano, barca del naranjo bella y exacta.

Xirau es un poeta singular, de singularidades. Estudioso de la analogía, de la metáfora y de la imagen en su capacidad de tensión, éstas son esbozo de orillas que tratan de avistar relaciones dentro de la realidad o, mejor, que anuncian de nueva cuenta las olvidadas; pero me atrevo a decir, con la certeza del equívoco, que todo ello es la urdimbre para lograr una mayor transparencia, pues la apuesta es sin duda el alumbrarse, “translumbrarse” diría Paz en “Blanco”, al que Xirau responderá: “alta claridad del mundo”, y en la imposibilidad de decir, la luz es impronta, rastro que se siembra en esta escritura sobre *el sentido de la presencia*. **U**

⁴ Ramón Xirau, “Templo III”, en *Poemes / Poemas*, p. 17.



En su biblioteca